

# XVI Domingo Tiempo ordinario

Jeremías. 23, 1-6.; Efesios. 2, 13-18; Marcos. 6, 30-34

**« Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario,  
para descansar un poco»**

22 Julio 2012 P. Carlos Padilla Esteban

**« Allí donde Dios nos pida que estemos, allí queremos ser luz que dé esperanza  
y un hogar en el que otros encuentren la paz»**

**Quizás es que siempre vamos con prisas y corriendo de un lado a otro sin parar.** Puede ser que la vida se nos escape entonces de las manos casi sin darnos cuenta. Nos falta tiempo para todo y por eso dejamos de lado lo importante, ya que lo urgente siempre tiene prioridad. Y pasamos entonces por delante de los demás sin tomarlos en cuenta, porque estamos muy ocupados en nuestras cosas. Dejamos de ver los detalles y nos perdemos en los conflictos que nos envuelven. ¡Qué difícil nos resulta tratar bien a las personas! Las ignoramos o simplemente las tratamos con cierta indiferencia. Y respondemos con ofensas cuando nos sentimos ofendidos. Calculamos lo que pueden aportarnos los demás y vemos si merece la pena o no invertir nuestro tiempo en cada uno. Estamos tan enfrascados en nuestros propios problemas que no sabemos lo que a los otros les preocupa. Por eso muchas veces se debilitan nuestras relaciones familiares y de amistad. Porque no encontramos la palabra oportuna. Porque no aprendemos a callar y a escuchar cuando es necesario. Porque no sabemos acertar con nuestros comentarios. En la película «Un lugar para soñar», le decía el protagonista a su hijo: « ¿Por qué no nos decimos nunca justamente lo que queremos oír?» No sabían cómo tratarse y se hacían daño continuamente. Nos cuesta mucho decirnos cosas positivas y recalcamos siempre lo que todavía falta para alcanzar la perfección. Cuando sabemos que es justo lo contrario lo que tenemos que hacer. El otro día leía una clave importante para la vida: «Sé exquisito, delicado y detallista con los demás, tanto con tus clientes como con tus familiares, tus amigos y todos aquellos que están a tu lado»<sup>1</sup>. Pero solemos ir tan ensimismados por el mundo, que no establecemos relaciones de amabilidad con los que nos rodean. Entramos en seguida en competencia, buscamos ser reconocidos y admirados más que los otros. Nos volvemos huraños, recelosos y desconfiados rápidamente. Guardamos rencores que nos envenenan el alma. La amargura nos debilita. Buscamos conservar nuestro espacio y sus seguridades. **¿Por qué no nos dejamos más tiempo para compartir nuestra vida con los nuestros? ¿Por qué no cuidamos más el trato con los otros? ¿Por qué no aprendemos a perdonar y a olvidar las ofensas?**

**Nos cuesta mucho ceder, actuar con humildad y perdonar los errores propios y ajenos.** No reconocemos con facilidad nuestros errores y nos cuesta admitir que los demás estaban en lo cierto. Asumir la propia culpa es difícil, porque tendemos a ver con más facilidad los errores ajenos y disimulamos los nuestros. Sin embargo, cuando ya no nos queda más remedio que reconocer el error, lo que nos resulta difícil es perdonarnos. Nos cuesta perdonar la debilidad y las caídas. Nos parece una labor imposible llegar a perdonarnos cuando no hacemos lo que realmente quisiéramos hacer o lo que corresponde o aquello que está bien y es sano o santo. Por eso nos recomienda el P. Kentenich: «No detenerse largo tiempo, ni siquiera en la oración, en el recuerdo paralizante de nuestras faltas y pecados, sino

<sup>1</sup> Bernabé Tierno, “El triunfador humilde”, 50

*también allí ver lo positivo: unirse íntima y alegramente con Dios»<sup>2</sup>.* Queremos levantar una mirada llena de optimismo y esperanza sobre nuestra vida y la vida de los demás. Queremos levantarnos de nuestras caídas y volver a confiar. Aunque no sea tan sencillo, porque tendemos a rumiar lo ocurrido con cierta amargura y a mortificarnos por no haber sabido actuar de una forma correcta. Es necesario aprender algo fundamental: el fracaso nos hace crecer. Así nos lo recuerda Jean Vanier: «*A veces hay que dejar a la persona «que se pille los dedos»; es necesario respetar el derecho al fracaso porque, para algunos, solamente a través del fracaso constatado y aceptado, a partir del cual se inicia un diálogo, puede comenzar un verdadero crecimiento. ¿Se puede crecer de verdad hacia un amor más grande si no hay lugar para cometer errores? El padre del hijo pródigo dejó que su hijo se fuera, sabiendo que podía hacer tonterías*<sup>3</sup>. Es necesario que nos permitamos el lujo de cometer errores, porque así llegaremos a aceptar que los otros también pueden equivocarse. Con frecuencia buscamos una perfección que no existe, una perfección que no es la que Dios nos pide. El otro día leía: «*Dios nos llama a la perfección, pero no es perfeccionista. Y la perfección no se alcanza tanto por la identificación exterior con un ideal, como por la fidelidad interior a unas inspiraciones*<sup>4</sup>». Por eso queremos aprender a alegrarnos en nuestra imperfección que se torna perfecta cuando somos capaces de obedecer las insinuaciones del Espíritu en el corazón. Es el Espíritu el que nos muestra el camino perfecto, pero siempre a través de nuestras caídas. **No pretendamos no errar nunca, no queramos que salga siempre todo bien.**

**Nuestra sociedad está llena de hombres que andan perdidos como ovejas sin pastor, porque no saben qué camino han de seguir.** Por eso nos hacen falta pastores, personas que sean referencia en el camino, para que otros no pierdan el rumbo. Necesitamos personas auténticas, que con su vida nos muestren por dónde ir. Faltan líderes, falta verdad en muchas vidas. Hoy nos recuerda el profeta que hay pastores que se olvidan de sus ovejas y piensan sólo en su propio bien: « *;Ay de los pastores que dejan perderse y desparramarse las ovejas de mis pastos! Así dice el Dios de Israel, tocante a los pastores que apacientan a mi pueblo: - Vosotros habéis dispersado las ovejas mías, las empujasteis y no las atendisteis. Mirad que voy a pasáros revista por vuestras malas obras. Yo recogeré el Resto de mis ovejas de todas las tierras a donde las empujé, las haré tornar a sus estancias, criarárn y se multiplicarán. Y pondré al frente de ellas pastores que las apacienten, y nunca más estarán medrosas ni asustadas, ni faltarán ninguna. Mirad que días vienen en que suscitaré a David un Germen justo: - reinará un rey prudente, practicará el derecho y la justicia en la tierra. En sus días estará a salvo en Judá, e Israel y vivirá seguro. Y éste es el nombre con que te llamarán: -Yahveh, justicia nuestra* Jeremías. 23, 1-6. Frente a esos pastores que se olvidan de aquellos que les han sido confiados y no los cuidan, el profeta habla del nuevo Pastor, de Cristo, que vendrá a reconducir su rebaño. Hoy faltan pastores, líderes que sean referencia en el mundo en el que vivimos y den seguridad a los que viven perdidos. Faltan educadores que sean capaces de formar los corazones que les han sido confiados. Educadores que formen hombres autónomos, capaces de optar por sí mismos por el bien y seguir a Dios entregando la vida. No se trata de educar simplemente hombre dóciles que obedezcan normas, sino cristianos con la conciencia formada que sepan qué camino tienen que seguir en un mundo tan confuso como el nuestro.

**¡Hay demasiada mentira a nuestro alrededor! Faltan hombres honestos que sean una referencia válida y lleven una vida auténtica.** Una persona me comentaba: «*Me gustaría ver detrás de las debilidades de los otros a Dios, igual que espero que la gente vea a Dios detrás de mis debilidades. Pero viendo a otros a veces sospecho de dobles vidas y temo que esto me pueda pasar a mí*». Tememos la mentira y nos da miedo pensar que pueda haber dobles vidas cuando lo que se nos muestra parece seguro y firme. Nos da miedo que haya mentiras escondidas detrás de vidas aparentemente limpias. Queremos confiar sin miedo, porque no es posible

<sup>2</sup> J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 120

<sup>3</sup> Jean Vanier, La Comunidad, 287

<sup>4</sup> Jackes Philippe, “En la escuela del Espíritu Santo”, 21

vivir sin referencias que nos den seguridad. El otro día leía una buena definición de un buen pastor. Son las palabras que un abuelo le decía a su nieto poco antes de morir: «*Has de ser una luz en medio de las tinieblas, una esperanza para los desesperados, un eterno optimista. Sé grande, pero sé humilde*»<sup>5</sup>. Son palabras llenas de vida y esperanza. Como decía el P. Kentenich: «*Nosotros nos inclinamos sólo ante aquellos hombres en quienes vemos resplandecer algo sobrenatural*»<sup>6</sup>. Nos gustaría encontrar personas que fueran esa luz en momentos de oscuridad cuando no sabemos bien por dónde ir. Reflejo de una luz más intensa, la luz de Dios. Nos gustaría vivir seguros sobre la roca de otras vidas, confiando en aquellos que Dios ha puesto en el camino. **Nosotros queremos ser esa misma luz en las tinieblas.**

**En todo caso, lo que sí es cierto, es que nuestro primer Pastor es Cristo.** El profeta nos muestra a Cristo como el Pastor esperado y anhelado por un pueblo que se dispersa fácilmente. El salmo refleja este espíritu: «*El Señor es mi pastor nada me falta. En verdes praderas me hace recostar. Me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas. Me guía por senderos justos, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras nada temo porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan. Preparas una mesa ante mí enfrente de mis enemigos; me ungues la cabeza con perfume y mi copa rebosa. Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término*» Sal 22, 1-3a. 3b-4. 5. 6. El salmo es un canto de esperanza. Todos queremos descansar en verdes pastos y beber de fuentes tranquilas. Estamos cansados. Cristo es la fuente de nuestra paz y de nuestra esperanza. En Él descansamos, en Él nos miramos como en un espejo. ¡Qué lejos estamos del ideal que Él representa! ¡Qué lejos estamos de beber siempre en fuentes tranquilas y descansar en pastos verdes! Benedicto XVI habla de esta intimidad con el Señor que tendría que darse siempre en el silencio de la eucaristía: «*El verdadero amor y la verdadera amistad viven siempre esta reciprocidad de miradas, de silencios intensos, elocuentes, llenos de respeto y de veneración, de forma que el encuentro se viva profundamente, de modo personal y no superficial*». Es la intimidad que necesitamos para poder ser pastores. En esa intimidad compartimos con Él nuestra vida como narra el Evangelio: «*Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado*». Llegamos hasta Él cansados, con el corazón cargado. La vida nos va dejando heridos y llenos de preguntas. **Quisiéramos aprender a descansar verdaderamente en sus pastos verdes.**

**Esta semana hemos celebrado a la Virgen del Carmen.** Su devoción surge unida al Monte Carmelo, en esas cuevas que nos hablan de silencio y soledad. En el siglo XII, inspirados en el profeta Elías que buscó a Dios en la brisa de ese monte, unos ermitaños fundaron una comunidad que quería caminar de la mano de María. En el silencio sagrado de esas cuevas se encontraron en la soledad con María y con Cristo. Allí encontraron fuentes profundas y claras. Allí pudieron reponerse en pastos verdes y seguros. María se encargó de cuidar su camino y les fue mostrando la senda. Cuando aprendemos a hacer silencio, aprendemos a escuchar a Dios y las insinuaciones del Espíritu Santo. Para ello es necesario vencer esa impulsividad nuestra que nos lleva a decir lo que no queremos, cuando no queremos. Tenemos que aprender a vivir en lugares de paz, en verdaderas cuevas sagradas donde María pueda acogernos y darnos su paz. ¿Dónde se encuentra nuestro Monte Carmelo? ¿En qué cuevas buscamos la paz? Allí podemos, en el silencio de la oración, descubrir nuestro camino. Una persona explicaba cómo María le ayudaba a conocerse: «*Me conoces y me estás enseñando a conocerme; mequieres toda para Ti, me estás enseñando a ser esposa fiel y amorosa, a ser madre comprensiva, a ser caritativa con mi prójimo. Has encendido mi corazón como nunca hubiese imaginado con una simple petición que te hice un día sin insistir demasiado*». En el silencio de la oración se va obrando el milagro de la transformación. María es nuestra verdadera educadora en el Santuario. En nuestra Madre queremos poner nuestros miedos e inseguridades. **Allí queremos abandonarnos y dejar la carga pesada que nos agota.**

<sup>5</sup> Bernabé Tierno, “El triunfador humilde”, 17

<sup>6</sup> J. Kentenich, “Retiro familias 1950”, 30

**Por eso, cuando aprendemos a descansar en pastos seguros, Cristo logra entonces invitarnos a ser otros pastores.** Cuando vivimos en su presencia podemos ser transformados en pastores. Nosotros, que pertenecemos a Cristo, somos imagen del verdadero Pastor, aunque nos sintamos imperfectos y muy alejados del ideal. La segunda lectura hace referencia a esta vocación a la que somos llamados: «*Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz: - el que de los pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad. Vino a anunciar la paz: - paz a vosotros que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca. Pues por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu» Efesios. 2, 13-18.* Cristo ha derribado muro del odio y todo lo que nos separa. Ha sembrado la paz y nos ha regalado un mismo Espíritu. Pero, para esta misión tan grande, no nos basta con ser simplemente buenos. Tenemos que aspirar a las altas cumbres, alcanzar las cimas más elevadas. Ya lo dice el P. Kentenich: «*No debemos contar con nuestras propias fuerzas. Quien quiera dominar la vida tiene que plantearse exigencias heroicas. No basta con decirse: -quiero ser bueno y portarme bien. No, hoy cada uno de nosotros debe ser como un águila. En nuestros días todo está conmovido hasta sus cimientos, por eso no hay lugar para medias tintas; o somos algo íntegro o no seremos nada*»<sup>7</sup>. Hoy no contamos con nuestras propias fuerzas. Nos sentimos débiles. Los cimientos se han debilitado. **Por eso miramos a las cumbres en las que Dios nos regala su gracia. Allí recibimos su paz.**

**Hoy el Señor nos habla del descanso que todos necesitamos.** Sus apóstoles, después del duro trabajo, necesitaban descansar: «*Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco*». Todos queremos descansar. Necesitamos lugares en los que recostar nuestra cabeza. Jesús se lo pedía a sus discípulos y nos lo pide a nosotros. El tiempo de vacaciones cada año es una nueva oportunidad que tenemos para recuperarnos del esfuerzo del curso. Pero cuesta parar los motores y desconectar de todo lo que nos ocupa durante el año. Nos llevamos el trabajo a casa en forma de móvil. Ni siquiera en vacaciones somos capaces de detenernos para mirar a nuestro alrededor, para hacer aquellas cosas para las que durante el año no tenemos tiempo. Estamos siempre conectados con el mundo más lejano y vivimos alejados de los nuestros. Los discípulos de Jesús vivían también agotados sirviendo a aquellos que vivían como ovejas sin pastor: «*Pues los que iban y venían eran muchos, y no les quedaba tiempo ni para comer. Y se fueron en la barca, aparte, a un lugar solitario*». El descanso de los discípulos es ese silencio que todos buscamos, es la paz en la que podemos volver a las fuentes más profundas, a los pastos más verdes. Sin embargo, en nuestra sociedad que tanto habla del ocio y del descanso, cuesta mucho descansar de verdad. Descansar no resulta tan fácil porque en seguida nos llenamos de ocupaciones y tampoco descansamos. ¿Cuál es nuestro mejor descanso? ¿Cómo utilizamos el tiempo libre? Si nos conocemos tenemos que llegar a saber cómo descansar de verdad. Es la misma reflexión que viene al corazón cada verano. Quisiéramos tener un tiempo para desconectar, para realizar otras actividades, para parar los motores aunque sólo sea por un corto tiempo. Muchas veces no es tan fácil descansar por nuestra situación familiar. Pero sabemos que las vacaciones son una oportunidad para aprender a disfrutar de nuestra vida y de nuestra familia. Es el tiempo para que nuestro amor a los más cercanos crezca. El tiempo de descanso es un espacio para aprender a vivir. ¿Lo aprovechamos? A veces nos complicamos demasiado con el tiempo de vacaciones, cuando, en realidad, debería ser una nueva oportunidad para disfrutar de la vida de forma sencilla. Leía el otro día: «*La felicidad verdadera la da la capacidad de disfrutar de los placeres sencillos, como una brisa de aire fresco en un día caluroso*»<sup>8</sup>. No nos compliquemos, **simplemente aprendamos a disfrutar de cada placer sencillo, de los momentos sagrados que Dios nos regala a diario.**

<sup>7</sup> J. Kentenich, “Retiro familias 1950”

<sup>8</sup> Robin Sharma, “Las cartas secretas del monje que vendió su ferrari”, 245

**Pero, como suele ocurrir, después del descanso vuelve la acción.** Jesús y los apóstoles querían descansar pero de nuevo la misión se abre ante sus ojos: «*Pero les vieron marcharse y muchos cayeron en cuenta; y fueron allá corriendo, a pie, de todas las ciudades y llegaron antes que ellos. Y al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas*» Marcos. 6, 30-34. Jesús se commueve y siente compasión por los que sufren. Se apiada de los hombres que no encuentran sentido a sus vidas. Hoy vuelve a sentir compasión y se acerca a tantas ovejas que vagan por el mundo sin pastor. Hay muchas personas enfermas y solas. Y en la enfermedad es difícil acompañar. Una persona comentaba: «*En los momentos de enfermedad grave, quizás cerca de la muerte, nadie es capaz de entender lo que el enfermo siente; al final eso les hace vivir un poco en soledad. Pero escuchar es la tarea que Dios pone en nuestras manos para hacerle presente. No hay muchas palabras que decir; muchas veces no salen, no las sabemos decir o al otro no le valen porque no hemos vivido lo mismo. Pero escuchar sana el corazón que necesita compartir con alguien, sea con palabras o sin ellas*». En el silencio de nuestra entrega podemos acompañar al que sufre y hacer llevadero su dolor. Aunque no podamos hacer otra cosa. Nuestra compañía silenciosa es la de Cristo. Porque Él necesita nuestras manos, nuestra voz, nuestro corazón capaz de abrazar al que sufre. **Desde la cruz espera nuestro sí y nuestra entrega.**

**Queremos ser capaces de cambiar nuestro entorno, esa realidad que Dios pone en nuestras manos.** Pero muchas veces nos sentimos débiles y las cruces de la vida nos pueden apartar de la paz buscada. Quisiéramos hacer vida las palabras del P. Kentenich: «*Ya nada hay que pueda hacernos temblar, que haga estremecerse a la naturaleza entera, si el fondo del alma está siempre cobijado en el hogar primordial, en el agrado de Dios, en el cuidado y la Providencia divinos*»<sup>9</sup>. Pero muchas cosas nos hacen temblar y nos quitan la paz. En medio de las dificultades soñamos con encontrar la luz anclados en Dios. En nuestras manos está la posibilidad de vivir con paz o sin ella. Podemos optar por vivir en Dios o lejos de Él. Dios siempre respeta nuestra libertad. Pero sabemos que descansaremos sólo si nos anclamos en su corazón. El otro día leía: «*Decide ser feliz. Aprende a encontrar placer en las cosas simples. Debemos cultivar la sabiduría de valorar lo que tenemos y no amargarnos por lo que no tenemos*»<sup>10</sup>. Es el camino. El P. Kentenich lo explica así: «*Hemos de aprender a transformar la cruz, el dolor y la tristeza en alegría, en alegría real*»<sup>11</sup>. Hay que tener un corazón muy de Dios para ser capaz de ver la luz en el túnel de las dificultades. Cuando vivimos con la paz de Cristo podremos vivir según las palabras del beato Juan XXIII: «*Mucha discreción e indulgencia juzgando a los hombres y las situaciones; me esforzaré por rezar especialmente por los que me hacen sufrir; y luego en toda cosa una gran bondad, una paciencia sin límites, acordándome de que otro sentimiento no está conforme con el espíritu del Evangelio y de la perfección evangélica*». Es necesario que creamos en el cambio, en ese cambio que comienza en nuestro propio corazón, cuando empezamos a tratar a los demás con misericordia y generosidad. Aunque no resulta fácil. Leía una definición de ese hombre que es capaz de ser pastor y guiar a otros al encuentro del Señor: «*Sus acciones hablan por él. Es una persona valiente pero no agresiva. Sabe tocar el corazón del otro y hace sentir importantes a todos. No se siente nadie especial. Simplemente le gusta ponerse al servicio de los demás*»<sup>12</sup>. Nuestras acciones marcan el camino. Podremos acabar agotados al final del día, como los discípulos, pero eso importa poco si lo hemos dado todo con amor. Aunque muchas veces no logremos la meta y nos perdamos en los detalles. Aunque caigamos por no ser dóciles a los deseos de Dios. Puede que nuestras palabras no pacifiquen y nuestras manos no conduzcan a Dios. Pero no por eso perdemos la esperanza. Hoy renovamos nuestro deseo: queremos estar preparados para dar la vida en cada momento como buenos pastores. **Allí donde Dios nos pida que estemos, allí queremos ser luz que dé esperanza y un hogar en el que otros encuentren la paz.**

---

<sup>9</sup> J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 135

<sup>10</sup> Bernabé Tierno, “El triunfador humilde”, 70

<sup>11</sup> J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 122

<sup>12</sup> Bernabé Tierno, “El triunfador humilde”, 35